

***El encanto de la vida ordinaria.
(Aprender de la Sagrada Familia)***

1. Cuando san Lucas nos narra el nacimiento de Jesús, dice que los pastores del campo recibieron de los ángeles del Cielo una señal muy precisa para reconocer el misterio anunciado: *encontrarán al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre*¹. Es imaginable el tremendo impacto de semejante aviso. Y que a continuación se nos diga que *corrieron a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre*². Así de sencillo y así de impresionante. ¡Cuántas veces se habrá reproducido la belleza de esta escena en el arte y en la vida del pueblo cristiano! María, José y el niño Jesús... la Sagrada Familia que hoy la liturgia nos invita a contemplar y a imitar.

Todo empezó aquella noche estrellada en Belén, luego continuó en Egipto y, más tarde, al volver a Galilea, en Nazaret. En donde José estableció su residencia y se dedicó, por largos años a cuidar a María y al Niño.

2. En pleno Concilio Vaticano II, en enero de 1964, san Paulo VI quiso emprender un histórico viaje a Tierra Santa. Entre otros momentos inolvidables, realizó una visita a la Santa Casa de Nazaret. Y pronunció allí una memorable homilía. *Nazaret –decía- es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio.*

Tres importantes lecciones destacaba el Santo Padre de esos treinta años ocultos de Cristo. *El silencio*, en primer lugar. *Cómo deseáramos que se renovara y fortaleciera en nosotros el amor al silencio, este admirable e indispensable hábito del espíritu, tan necesario para nosotros que estamos aturcidos por tanto ruido, tanto tumulto, tantas voces de nuestra ruidosa y en extremo agitada vida moderna.* Se trata, como puede comprenderse, de algo vital para poder escuchar y secundar la voz de Dios en nuestras almas.

Otra magnífica lección es *la vida familiar*. Insistía el Papa: *Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza.* Debemos imaginar, hermanos míos, una y otra vez las escenas de la convivencia de María y José acompañando a Jesús niño. Así aprenderemos a reproducirla en nuestras propias familias. Pensar cómo se comportarían ellos en nuestras circunstancias. En las conversaciones de sobremesa de cada día, en los encuentros de fin de semana, en los viajes familiares, en las diversas celebraciones... *¡A esa familia pertenecemos!*, exclamaba san Josemaría. Y se tiene que notar.

Junto a la casa habitación de la Sagrada Familia estaría ubicado el taller de carpintería de san José. El lugar donde el santo patriarca realizaba su trabajo profesional para sostener a la familia. Y donde, no lo olvidemos, Jesús, *el hijo del artesano*³, aprendió

¹ *Lucas 2, 12.*

² *Ibid. 16.*

³ *Mateo 13, 55.*

también a trabajar. Ahí podríamos asimilar *la redentora ley del trabajo humano y exaltarla debidamente; restablecer la conciencia de su dignidad* –sigo citando a san Paulo VI- *de manera que fuera a todos patente; recordar aquí, bajo este techo, que el trabajo no puede ser un fin en sí mismo*. Sino un medio para alcanzar algo más grande: la santidad personal, la unión con Dios.

Al haber sido asumido por Cristo (precisamente en aquel taller de carpintería), *el trabajo se nos presenta* –enseñaba por su parte san Josemaría- *como realidad redimida y redentora: no solo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora*⁴.

3. Hace muchos años, realizando una labor social con un grupo de estudiantes en la Sierra Madre del Sur, en Chiapas, en el pequeño poblado de Mexicalapa, visitamos un día a una familia de campesinos. Su casita estaba construida en la ladera de una montaña, con una vista espléndida hacia el bosque que la rodeaba. El joven jefe de familia, además de cultivar su milpa, tenía dispuesto a un lado de la casa, un pequeño taller de carpintería. Su jovencísima y guapa esposa acababa de dar a luz a su segundo hijo (el primero tenía menos de dos años). Junto al taller, en un poste, estaba amarrado un burrito de carga. Aquel matrimonio nos recibió con gusto y nos atendió con una exquisita hospitalidad, claramente del mejor modo que sus limitadas posibilidades les permitían. Recuerdo con nitidez que en el recinto había muebles sencillos pero bien hechos, confeccionados por aquel joven carpintero. Quien, además de catequista comprometido en la comunidad católica local, tocaba el violín en las celebraciones litúrgicas.

Pasamos un rato muy agradable conversando largamente de muchas cosas, humanas y sobrenaturales. Al despedirnos, tras darles una bendición especial, yo pensé entonces (y lo sigo pensando ahora, treinta años después), que no he tenido nunca un acercamiento más hermoso a lo que pudo haber sido la vida de la Sagrada Familia. En aquel sencillo hogar había piedad auténtica, un delicado amor conyugal, trabajo bien hecho, alegría...

4. Y es que no es tan difícil, queridos hermanos, aprender de la familia de Jesús. Basta mirar, insisto, con los ojos de la fe las pocas escenas que nos narran los Evangelios de su infancia, y procurar sacar consecuencias prácticas. El Señor, con su gracia, nos irá iluminando interiormente, haciendo que esa vida sencilla y ordinaria, con todo su encanto, se repita en nuestras vidas. Será, finalmente, una realidad que pertenecemos a la familia de Jesús.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 30 de diciembre de 2018

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 47.